

Discernimiento vocacional sobre la voluntad de Dios y la vocación particular

*Jorge Arturo Ochoa
Valenzuela, S.J.*

Después de varios años de acompañar a jóvenes en sus procesos de discernimiento vocacional y en la definición de la propia vida, comparto mi experiencia en puntos que creo que sería bueno tomar en cuenta para quien desea tomar una decisión importante. Es necesario reflexionar sobre la manera de vivir nuestra fe cristiana en tiempos donde la "sensación" y la búsqueda del "sentirse bien" afectan gran parte de nuestras decisiones. Así pues, conviene hacer algunas advertencias sobre lo que significa el seguimiento de Jesús al modo de Ignacio de Loyola.

Esto no pretende ser un manual con todas las respuestas, pues de la pregunta más importante cada quien debe ocuparse. No es un remedio para los muchos sentimientos encontrados que vienen al elegir y construir una vocación, pero regala al menos la tranquilidad de saber que no estamos solos en el camino para construir nuestra alternativa personal a las preguntas de siempre.

Este artículo se divide en dos partes. La primera trata el tema de las imágenes de Dios y pretende limpiar visiones que nos quitan libertad y nos ponen a buscar la vocación donde no está. La segunda parte habla de las preguntas que normalmente un joven se hace al iniciar un proceso de discernimiento vocacional y que parece ser que siempre se harán los inquietos del mundo.

DE DIOSES Y VOLUNTADES

El Tarot celestial

Para algunos, la voluntad de Dios es como un destino fatal escrito desde el principio de los tiempos en un lenguaje lejano y difícil de entender. Según ellos, sólo pueden conocer la voluntad de Dios ciertas personas iluminadas o a fuerza de penitencias y

largos estudios, pues se revela a través de visiones o sucesos fuera de lo normal. Las personas comunes y corrientes deben consultar a dichos elegidos o tratar de descifrar en los libros sagrados el lenguaje misterioso con que Dios les dice qué hacer con su vida.

La voluntad de Dios se busca como un “Tarot Celestial”, una carta que esperamos Dios se digne mostrarnos y luego, por si fuera poco, debemos descifrarla, pues se escribe en un lenguaje sobrenatural que necesita ser interpretado por expertos. Semejante a la lectura del Tarot, la voluntad de Dios necesita ser descubierta por otra persona, o tenemos que encontrar claves ocultas que nos permitan saber su significado.

Esa es sólo la primera parte del proceso, la segunda parte la conciben un poco peor: cuando de una manera ajena a nosotros se ha interpretado la voluntad de Dios, ya no tenemos nada más que decir, pues negarnos o disentir es poner en riesgo la propia salvación del alma o merecer, por lo menos, una gran infelicidad en la tierra. Ante este “Tarot celestial” no cabe ni el sentir ni la opinión personal, sólo queda obedecer “como cadáveres”. Los que creen en esta imagen, tiemblan de miedo al imaginar que la carta pueda contener en sí una vocación por la que no se sienten atraídos en lo más mínimo. Pero ya les “tocó” esa vocación y ahora hay que forzarse para crear un deseo que nunca han tenido. El sentir y la voluntad personal es lo último que interviene en este “proceso vocacional”.

Para colmo, tratándose de la vida religiosa, quienes así imaginan a Dios y a su voluntad, no se atreven a dudar de esa vocación si alguien con autoridad o ciertos signos ocultos o visiones les “revelan” que eso es lo que Dios les ha “mandado”. Se imaginan a sí mismos como Abraham caminando al monte para matar a su hijo y ruegan que un ángel baje y les detenga la mano.

La imagen de Dios que subyace a esta visión de la vocación es la de un Dios totalmente ajeno a nosotros, a quien no le importa ni la libertad, ni la historia, ni el presente de sus hijos; a nosotros sólo nos queda participar en ella de un modo definido siglos atrás. Y más aún: después de que no nos pregunta si queremos, nos sale con que fallar en la misión trae consigo el fracaso total del plan divino. No se nos da nada y se nos pide todo.

El Dios “Jackson”

Una imagen deformada de Dios y de su vocación se ha ido abriendo paso con una reacción sana en sus intenciones, pero igual de deforme en sus resultados: el “Dios Jackson”. La voluntad de Dios es, para esta visión, que seamos felices al modo de Michael Jackson, para quien los años no pasan y sigue siendo un muchacho, pero de 30 años. De la rigidez de un destino inexorable se pasa ahora a la búsqueda irrenunciable de la espontaneidad y la juventud constante, todo debe ser decidido en el momento y sin pensarlo, aun a costa de sacrificar amistades, tradiciones o cualquier otra cosa que amenace la capacidad de optar con espontaneidad. “Just do it” dice la empresa que desea vendernos zapatos deportivos, pues sabe que estamos tan oprimidos por el sistema laboral, económico y cultural, que sentimos la necesidad de explotar y simplemente hacer eso que tenemos ganas de hacer.

Los mismos muchachos, decepcionados por la falta de oportunidades o de futuro sostenible o de propósito verdaderamente humano en su educación, ven como mejor opción simplemente hacer lo que en el instante desean. Les hemos vendido la idea de que la vida no se construye con deseos hondos, sino con sensaciones. Y se lo han comprado. La búsqueda de Dios, para quienes aún desean hacerlo, se realiza sobre todo con la intención de encontrarse a sí mismos, de sentir paz o de despojarse de sus deseos que saben no podrán satisfacer. Desgraciadamente, la imagen de un Dios que sólo desea que nos sintamos bien es usada como justificación religiosa al egoísmo que el mercado fomenta para vender productos, pero que deja de lado partes más hondas y honestas del ser humano.

Sin que nos demos cuenta, Dios se transforma en un amigo de juegos a quien no le concierne mi crecimiento como persona. La vida espiritual se desvirtúa ocupándose sólo en que yo me sienta feliz a la manera de un muchacho de 15 años, al igual que Michael Jackson que porta un rostro siempre joven, rodeado de muchachos, haciendo algunas obras de caridad, viviendo en “Neverland”. La historia moderna del Peter Pan vocacional, que posterga las decisiones vitales por las renunciaciones que implican.

Esta imagen nos plantea que Dios sólo desea nuestra felicidad, cosa cierta, pero dejándonos sin su palabra a la hora de tomar decisiones concretas. Nosotros seríamos uno más de los

eventos naturales creados por Dios y dejados a su propia ley o a los cambios humanos en donde no se manifestaría la presencia de Dios. Al contrario de la imagen del “Tarot celestial”, en esta otra postura Dios no tiene nada qué decir a cada quien sobre su vocación en la vida, pues él respeta tanto nuestra libertad de opción que no se atreve a decirnos su palabra, como lo haría cualquier padre responsable y amoroso. Convertimos a Dios en un creador que nos ama pero lejano, un compañero de juegos o un paño de lágrimas que no tiene la cercanía, el amor, o la madurez suficiente para comunicarnos con respeto lo que sueña para nosotros en las decisiones más importantes de nuestra vida.

Si tal es la imagen de Dios que se esconde tras esta postura actual, su voluntad se busca entonces en la continua sensación de alegría o entretenimiento, en una tranquilidad que nos mantenga trabajando sin cuestionar para qué o para quién, en decidir siempre espontáneamente, en la acumulación de experiencias que nos hagan sentir “vivos”, en el aseguramiento de la sensación de felicidad...

Quienes tratan de buscar la voluntad de Dios de este modo y sienten la inquietud vocacional, topan con terribles miedos, a veces infranqueables, a perder la libertad, a perder opciones en el “menú” de la vida, a cerrar puertas por sí mismos, a fallar, a sentir displacer, a perder el control de los logros a obtener, etc. Estos miedos, además, son reforzados por la misma sociedad, pues, como dijimos, se huye de la imagen del Dios castigador y autoritario, cosa que es en principio sana; pero desgraciadamente, el péndulo llega con fuerte impulso hacia el otro extremo, para caer en la dinámica de una sociedad de consumo que no ofrece realmente mejores opciones.

Muchos jóvenes con inquietud vocacional suelen postergar una y otra vez el momento de tomar decisiones, y así pasan los años buscando pequeñas experiencias de servicio o espirituales que les den la sensación de estar haciendo “algo”. Constantemente aparecen hombres y mujeres de 35 años que no tienen idea clara de qué les pasó los últimos 15 años de su vida y tratando de buscar su vocación como si los años no hubieran pasado y siguieran siendo los muchachos de 20 que ya no son, ni volverán a ser...

El Dios Barney

Derivado de esta última imagen de Dios, últimamente se ha presentado un desplazamiento de la espiritualidad hacia la re-

lación con Dios a la manera de un “Dios Barney”, el personaje morado de TV que canta “Te quiero yo y tú a mí...”. Motivados por la sana necesidad de una relación afectiva con Dios, se ha fomentado una comunicación que despierta fuertes sentimientos en la persona y más adelante efectos carismáticos fuera de lo común. Se llega a buscar la voluntad de Dios en estos arrebatos y normalmente tiene que ver sólo con la sensación placentera de amar y ser amados por Dios. Una vez que se ha conseguido sentirse bien, la vida de las personas se centra en las acciones individuales, la búsqueda de pureza sexual o de buenos modales cívicos.

Esto parecería sano. Sin embargo, como advirtió san Pablo, san Juan, Santiago, y siglos después, el mismo san Ignacio; estos dones se prestan para la confusión del verdadero sentido de la vida espiritual. Abrazado en silencio como un oso de peluche, Dios deja de interpelar la forma en que vivimos la vida y la entregamos a los demás. Niños eternos que cargan su oso de peluche, dejamos de sentir la indignación ante las injusticias y necesidades de nuestro tiempo; la pregunta por las estructuras sociales de pecado no roza nuestro ser cristiano. La voluntad de Dios se diluye y, como en el caso anterior, ya no tiene nada qué decirnos ante los dilemas que desgarran al hombre de hoy. Como recomendó un ex-presidente mexicano, sería mejor no leer los periódicos para no entristecernos, pues el “Dios Barney” no es suficiente dios para hacernos salir al mundo como hombres y mujeres de verdad, capaces de sentirnos solidarios con los dolores de la humanidad.

La relación personal con Dios es necesaria para todo cristiano —y más si está decidiendo sobre su vocación en la vida— pero no podrá encontrarla si no se abre a la relación con los hijos de Dios y la responsabilidad que eso implica. La imagen de “Dios Barney” que nos ama pero no nos cuestiona, nos llevará a aplazar búsquedas, a buscar metas y logros a corto y mediano plazo, a mantenernos en nuestra zona de seguridad, ocultos en esta falsa imagen de Dios por miedo a enfrentar la vida.

Cuando sentimos el agua hasta el cuello

Y ahora, ¿quién podrá ayudarnos?

No estamos hablando aquí de cuestiones morales, donde se decide entre lo malo y lo bueno; estamos hablando aquí de encrucijadas en las que ambas opciones son buenas, y en las que

buscamos cuál es la mejor. Es entonces cuando el hombre alza su rostro preguntando a Dios qué debe hacer con su vida y, ante la multitud de fenómenos que ocurren en su interior, surge la cuestión por el origen de la vocación: ¿viene de Dios o viene de mí?

Si decimos que viene de Dios nos parecería que nos acercamos a la imagen de Dios como un padre implacable que maneja a sus hijos como marionetas, rigiendo cada acción y decisión de su vida, al margen de sus deseos, sentimientos o ideas. Si decimos que viene de nosotros nos parece acercarnos más a un “Dios Jackson” que nos mantendrá estimulados toda la vida en busca de éxito, consumo, novedades, juventud eterna o emociones constantes, pero estériles. Ni qué decir del pobre Dios “oso de peluche” que nos mantendrá anestesiados buscando el cariño de “dios”, pero no la madurez humana.

Si ninguna opción es correcta, entonces, ¿estamos solos a la hora de tomar decisiones concretas e importantes en la vida? ¿Cada quién tiene que habérselas sin más participación de Dios que su buen deseo de que sea feliz? ¿Qué pasa si me equivoco y el camino que escojo no es el más adecuado?

En el fondo, la pregunta que nos ocupa es:

¿Dónde buscar la respuesta, en Dios o en mí?

Como ya dijimos, se puede responder que viene de un Dios lejano que me manda mensajes externos o de un Dios cercano que manda mensajes demasiado generales o, de plano, ningún mensaje, y me deja madurar a solas. La pregunta, en el fondo, está mal planteada; ante esta encrucijada, el cristianismo responde: de ambos. La vocación, cuando es genuina, viene de Dios y viene de mí, de forma indistinguible. Este fue uno de los grandes descubrimientos en la espiritualidad que hizo San Ignacio: en el interior del ser humano, en algunos de sus propios movimientos y “noticias” interiores se encuentra la voz de Dios y no puede separarse de lo humano como se descomponen los compuestos químicos en laboratorio.

Ignacio describe que en el interior de nosotros existen movimientos que nos impulsan a tal o cual acción o actitud vital. Todos estos movimientos pertenecen al ser humano, son de su propia naturaleza. Sin embargo, había algunos de ellos que, por la calidad que tenían y la dirección hacia donde nos empujan, con-

cuerdan perfectamente con la imagen de Dios que conocemos en Jesús. Al dejarnos llevar por estos movimientos interiores nuestra vida adquiere un sentido trascendente que se puede comprobar tanto por efectos sensibles como por los frutos que producimos en la comunidad. Al vivir de acuerdo a estos deseos profundos sentimos que nuestra vida se ensancha más allá de nuestros límites y reconocemos que en ellos se encuentra la presencia de alguien más grande y más bueno que nosotros, que nos llama a aspirar a ser más de lo que somos.

Algunas teorías explican –con todo derecho– este fenómeno de maneras no espirituales, basados en que lo humano no puede ser divino. Sin embargo, para el cristianismo, estos movimientos humanos son al mismo tiempo movimientos de Dios. Ésta es una de las consecuencias de una espiritualidad basada en la encarnación, es decir, en la creencia de que Dios y el hombre están inseparablemente unidos y actuando simultáneamente en Jesús y en todos los seres humanos. Nuestra humanidad no es la “cárcel” de nuestra alma divina, sino el modo en que se manifiesta el espíritu en el mundo.

Hay algo más, estos movimientos descritos por Ignacio de Loyola son tan humanos como una idea, un sentimiento y un deseo que se despiertan ante los distintos sucesos de nuestra vida. Dios sería, pues, como las musas para el artista que lo inspiran desde su interior para crear la obra de arte. Sin las musas el artista no es nada, pero sin el artista las musas son inútiles. Por otro lado, las musas inspiran, no dictan, siendo la obra plenamente humana y, sin embargo, plenamente inspirada. Así con Dios, pero con una ventaja: no es caprichoso como las musas; siempre nos inspira, toda nuestra vida, y nos deja en libertad de seguir su inspiración o no.

Así, cuando la persona desea conocer cuál es la mejor opción, la que viene de Dios, para determinada situación importante de su vida debe poner sus ojos en sus movimientos interiores, sus ideas, sentimientos, y deseos que se han despertado en las diferentes circunstancias de su vida. Ahí se busca la vocación. Así que no hay necesidad de perder tiempo preguntándose si viene de uno mismo o de Dios. La pregunta es más bien: ¿esto que deseo viene sólo de mí o viene de los dos? Ignacio describe que cuando la respuesta viene de Dios y de mí es notablemente diferente a

aquella respuesta que viene sólo de mí. Dejé como herencia para distinguirlas su método de oración y discernimiento que aprendemos en los Ejercicios Espirituales.

La infelicidad no es una opción

Una de las preguntas que más parálisis produce en quienes están tratando de tomar una decisión vocacional es, ¿qué pasará si me equivoco? o, ¿qué pasará si fallo? Detrás de estas preguntas se encuentra el fantasma aterrador de que el precio a pagar por equivocarse es la infelicidad. Esto lleva al joven a preferir usar el tiempo en carreras, maestrías y doctorados para tener al menos eso seguro, pensando que, si va a ser infeliz, será mejor serlo con un título de doctor en la mano. La verdad es que hay personas de edad avanzada que hubieran dado su título a cambio de caminar sin miedo por la vida, o de haber aprovechado los años de su juventud arriesgándose a lo que sus deseos más hondos les invitaban.

El culto a la sexualidad, diosa posmoderna que promete la salud mental o la felicidad, amenaza con el castigo a quienes no le atiendan, deja fuera cualquier opción que excluya las relaciones genitales íntimas, al tiempo que oprime cualquier deseo apasionado de vida célibe, y lo domestica a fuerza de rendirle culto.

El miedo a equivocarnos, a no tener éxito, poder, placer o dinero se abalanza sobre muchos buscadores de vocación tratando de paralizarlos con el miedo mayor de todos: “si escoges mal, serás infeliz para siempre”, como si la felicidad o la infelicidad fuese el resultado de una opción vocacional. Este es el peor de los engaños.

Afortunadamente, para el cristiano que ha tenido la profunda y liberadora experiencia de saberse siempre guiado por Dios, la infelicidad simplemente no es una opción. Quien sabe que Dios no castiga a quienes se equivocan y quien procura –por lo mismo– optar con ánimo generoso y en bien de los demás, no teme al error, pues sabe que detrás de cada posible equivocación le espera una nueva serie de invitaciones para reconstruir su vida de manera feliz y plena.

Quien sabe de este enorme amor de Dios para la creación se siente empujado a amar del mismo modo a los hijos de Dios, especialmente a quienes más sufren. De ahí que la felicidad tampoco es una opción que haya que buscar desesperadamente. En su lugar lo que busca con urgencia es el mejor modo de amar y

darse a otros con una fecundidad cada vez mayor. En cualquier vocación discernida, la opción de quien se sabe amado por Dios no es la felicidad, sino la fecundidad: crear vida del modo que ha deseado en lo más profundo de sí mismo. La felicidad profunda será entonces un indicador de la manera en que estamos dejando a Dios ser fecundo a través nuestro.

Tras decidir cuál es nuestra vocación, las preguntas de todos los días serán: ¿cómo vivir fecunda y por eso felizmente en este camino que he escogido? Y, ¿soy libre de la felicidad?, ¿o me estoy esclavizando a ella?

Para decidir la vocación, si alguien lo está pensando, es importante liberarse antes de la esclavitud del miedo a la infelicidad y del deseo de la felicidad por sí misma; para desear cada vez mayor fecundidad en medio de un mundo que la arrebatara. Ése fue el modo de Jesús.

Libertad de vs. libertad para Amar

Vivimos épocas de liberación, y eso es un adelanto en nuestros tiempos. Las luchas libertarias de este siglo nos han devuelto el deseo de ser tratados dignamente, como hijos e hijas de Dios, el único absoluto. A menudo quienes actualmente se acercan al cristianismo desde la espiritualidad ignaciana se sienten muy liberados de miedos, de prejuicios y de imágenes de Dios que los atormentaban con culpas infundadas y cargas insoportables. Se sienten libres de esto y de aquello.

Pero sería una perversión de la Espiritualidad de Ignacio si se quedara en este adolescente liberarse de. Para Ignacio, lo importante era ser libre para; libres para seguir a Aquel que nos ha liberado. Una libertad que no se empeñe al seguimiento y a las renunciaciones y nuevas limitaciones que eso implique no se entiende ni como libertad humana ni como libertad cristiana, mucho menos en el sentido de Ignacio de Loyola.

Es importante recordar que Ignacio llegó a esa libertad no por deseo de crecimiento personal, o por búsqueda de felicidad, o por sus ideales de transformación social. Aunque lo vemos imbuido en miles de planes y proyectos, en una perseverancia por alcanzar sus ideales, y sobrepasar sus fracasos, el verdadero Ignacio no sostenía su fuerza en la mera libertad de sentirse creado por Dios, único absoluto que permite relativizar todo lo creado.

Ignacio recibe su fuerza y su libertad del amor que le seducía por Jesús. Tras un proceso de inmersión de corazón en la vida del Jesús de los evangelios, pobre y humilde, Ignacio deseó sentir y de hecho sintió despertar en él un amor y amistad radical. Jesús lo sedujo y él se dejó seducir, más aún, puso toda su intención en dejarse seducir por Él.

El Ignacio de los ejercicios espirituales escribe un ofrecimiento que resulta escandaloso en nuestros días: en caso de tener dos opciones igualmente eficaces y buenas para la construcción del Reino, se ofreció con gran deseo a ser llamado a seguir a Jesús en la opción que conllevara sufrir lo que Jesús sufrió. A la manera de un enamorado que desea pasar por la misma enfermedad que vive su amada sólo por el hecho de compartir con ella el mismo trance. Pero en este caso, Ignacio deseaba compartir la cruz, sabiendo que desde ella el mismo Jesús lo consolaba.

Por eso el discernimiento vocacional ignaciano debe pasar de la etapa de la libertad “de” a la libertad “para”, y un “para” fundado en el amor por Jesús pobre y humilde, que nos mueva a desear vivir lo que él vivió aun en contra del deseo de salvarnos a nosotros mismos. Las limitaciones, dolores y dificultades que trae la renuncia no serán algo que tengamos que soportar, sino un espacio privilegiado de presencia de Dios. Seremos libres para pasar los “Fuentes y fronteras” que atraviesa el camino del Reinado de Dios por amor a Jesucristo. No por nada Ignacio buscó por todos los medios que la nascente orden tuviera a Jesús como nombre...

Dios no está en las nubes, su voluntad tampoco.

El cristianismo reconoce que Dios camina entre nosotros y dentro de nosotros, y que nunca se ha mostrado a ratos aquí y a ratos en las nubes, según su humor, o con la espontaneidad que impone el egoísmo moderno y posmoderno. Podemos decir dos cosas de Dios: que se encuentra en lo concreto de la vida humana y que siempre ha sido fiel.

En primer lugar, decíamos, la voluntad de Dios es concreta, por lo que podemos esperar que si deseo decidir sobre mi vocación, Dios tendrá una opinión específica al respecto. Su voluntad general de que yo genere vida plena se hace concreta en una opción. Sería impreciso decir que, con tal de que yo sea feliz, a Dios le da igual cualquier cosa que elija, como si yo no fuera único ante

sus ojos y mi historia y el momento presente fuera la historia y el momento presente de cualquier otra persona. Aunque finalmente Dios desea que seamos fuente de vida para todos, no es indiferente a la individualidad de cada uno de sus hijos e hijas y a las circunstancias que cada quien vive y es capaz de enfrentar.

En segundo lugar, la fidelidad de Dios nos permite confiar en que esto que un día comenzamos a sentir y que nos empuja hacia un camino concreto no va a cambiar simplemente porque se le antojó o porque el tiempo todo lo cambia y entonces necesariamente tiene que cambiar la vocación. Podemos confiarnos en que él va a ayudarnos a construir felicidad a nuestro alrededor y en nosotros mismos en aquella vocación que elegimos. Esto es una de las cosas que más claras debemos tener: Dios es un misterio, pero no es caprichoso, Dios es fiel a la vocación que conspiró con nosotros.

En todo caso, quienes podemos equivocarnos al decidir o descuidar nuestra vocación somos nosotros. Eso lo sabe cualquiera que ha amado o ha sido amado en su vida, somos frágiles y podemos dejar de ser fieles a la vocación que engendramos con Dios. Podemos fallar a aquellos que más nos aman y amamos.

Afortunadamente, en ese caso, aunque Dios no pueda desaparecer las consecuencias a veces muy grandes del error cometido, seguirá siendo fiel y nos ayudará a dar vida en la situación que nos hallemos, por difícil que sea.

Después de dar varios pasos concretos en la vocación que uno está escogiendo y construyendo con Dios, podremos preguntarnos si ha valido la pena y volver atrás la mirada para ver los regalos de Dios a lo largo del camino. Normalmente eso basta para comprobar la fidelidad de Dios y recuperar el camino que construimos con nuestros pies de barro.

¿La vocación se da o se construye?

Con esto dicho, abordamos otra cuestión que aqueja a quienes se acercan a pedir acompañamiento en su proceso vocacional: la cuestión sobre si la vocación es algo que simplemente se da o algo que se va construyendo. Al igual que otras preguntas, ésta tiene una respuesta incluyente, la vocación se da y al mismo tiempo se construye. Se da por Dios y por nosotros y se construye por Dios y por nosotros. Como el enamoramiento y la relación de

pareja, la vocación tiene una parte de enamoramiento que simplemente se da y otra parte que constantemente necesita construirse.

A nadie le cayó la vocación del cielo y ninguna vocación creció por sí sola. Si uno revisa su propia historia desde niño, verá la multitud de eventos, personas o factores sociales que le llevaron a desear tal o cual estilo de vida. Del mismo modo, la vocación va madurando con la persona y necesita cultivarse todos los días.

Tras varios años de estar siguiendo el camino de nuestra vocación, nos daremos cuenta de que además de los motivos que tuvimos para empezar el camino, hemos ido construyendo otros nuevos motivos. De cuando en cuando, al preguntarnos: ¿por qué sigo aquí?, la respuesta será siempre distinta. ¡A menos que no hayamos madurado con los años!

Así que, si te dan “ganas” de tal o cual estilo de vida y te sientes con elementos humanos para caminar por ahí, podría ser que ya tuvieras la primera mitad de la vocación. Falta la otra parte.

Salir del clóset

Para poder construir de manera sana y libre lo que se nos ha dado como vocación, es importante asumir nuestras inquietudes y deseos así como son; independientemente de la forma en que nuestros amigos, familia o sociedad los califiquen. Algunas vocaciones causan escándalo por salirse de la norma y es importante en primer lugar asumirlas personalmente.

Muchos jóvenes con inquietud religiosa son los últimos que se dan cuenta de ello. Cuando lo comparten descubren con sorpresa que algunos de sus amigos ya anticipaban la decisión. Del mismo modo, algunos deciden casarse mucho tiempo después de que su familia ya se había dado cuenta de que deseaban con todo su corazón hacerlo. Sucedió que la vocación crecía en silencio, en el interior, donde ni los demás ni la propia persona se daban cuenta. Finalmente, llega el momento en que la persona toma la decisión vocacional ante la admiración de propios y extraños.

Otras veces la vocación crece en el interior, pero no escondida, sino reprimida, encerrada por miedo a asumirla y responsabilizarnos de ella, en otras palabras, está “en el clóset”. En este caso, la maduración de la persona y la vocación se puede ver dificultada por el mismo encerramiento, pues, como todo en la vida,

la vocación necesita ser acompañada y expresada para poder madurar. Lo que no se asume no se redime, dijo san Agustín, y una vocación no asumida a tiempo puede ser causa de muchas confusiones a futuro. Es más fácil asumirla cuando aparece y tomar la decisión cuando sea posible, abiertos tanto a decir que sí como a decir que no, con la libertad de los hijos de Dios.

Pasa como con algunas personas de preferencias homosexuales que, cuando se atreven a “salir del clóset”, viven un proceso de maduración que no sería posible si se mantenían encerrados por miedo a los ataques que como sociedad y –vergonzosamente– como iglesia, les hacemos. Al reconocerse en su dignidad como hijos e hijas muy amados por Dios, llegan a niveles ejemplares de generosidad y crecimiento humano. Así, valga la comparación, es importante que más temprano que tarde salgamos del “clóset vocacional” para poder tomar una decisión generosa, libre y madura.

¿Para seguir a Jesús cualquier lugar es igual?

Es muy común que cuando un joven plantea a otros su inquietud vocacional, reciba esta respuesta: “si lo que deseas es servir, en cualquier lugar y de cualquier manera puedes hacerlo, entonces quédate aquí y sirve como laico”. El planteamiento es correcto de inicio, pero no de fin, pues lo común es que se diga con la intención de que el joven se incline hacia la vida laical y en el lugar donde vive. Sería muy extraño que se le dijera: “si en cualquier lugar y de cualquier manera puedes servir, entonces, ¡hazte religioso y misionero en otras tierras!”. O, como ya se expuso el ejemplo: si quieres servir a una familia, da lo mismo que te cases con esta persona o con aquella otra, independientemente de a quién quieras más.

Durante muchos años, la vocación religiosa era promovida como una vocación de mayor calidad que la laical. Era asunto de mero razonamiento: “si quieres estar más cerca de Dios, métete al convento”. Hoy no es así, la vocación laical está recuperando con mucha fuerza su dignidad y su valor, y se está reaccionando contra la idea de que es una vocación de segunda clase. Sin embargo, se puede estar cayendo en el extremo opuesto, pensar que la vida religiosa es una vocación de segunda clase y que es objetivamente mejor ser laico. Es decir, podríamos estar cometiendo el mismo error, pero con la situación invertida.

La mejor postura para decidir, de acuerdo a san Ignacio, es como una balanza bien calibrada que no se deja mover hacia un lado ni por sus propios prejuicios, ni por su acompañante espiritual, ni por “profecías” hechas por otras personas. La persona debe dejarse mover sólo por Dios. Si llegamos a una decisión vocacional sintiendo de entrada que una de las opciones no es buena o no tan buena en sí misma, es mejor platicarlo y pedirle a Dios que nos dé el don de ver ambas opciones como igualmente buenas y a nosotros mismos como capaces de caminar honrosamente por cualquiera de ellas.

Al menos en el caso de la vida religiosa es entendible que se trate de disuadir al inquieto, pues quedarse en las opciones aceptadas por la sociedad y en el lugar donde uno vive es menos costoso en términos psicológicos, culturales y económicos. Por ejemplo, la familia no tiene que pasar el trago amargo de la separación, ni tiene que empezar el proceso de conocimiento de un tipo de vida muy distinto a lo acostumbrado, ni tiene que enfrentarse a la mala fama que desgraciadamente ahora tiene la iglesia, ni dar explicaciones a nadie, ni hay que hacer ningún gasto de traslado, etc. Si lo pensamos bien, cabe aquí la expresión: “formar una pareja en estos tiempos es muy complicado, ¡no entiendo por qué la gente se sigue casando!”. Pero, la verdad, es que la gente sigue formando parejas, teniendo hijos y haciendo cosas que implican esfuerzos de todo tipo. Lo mismo con la vida religiosa.

De hecho, no es lo mismo Pablo que Pedro, hay distintos modos de seguir a Jesús

La iglesia cuenta con un número indeterminado de modos de ser cristiano. La universalidad de la iglesia no significa que sea igual en todos lados, sino que en ella caben modos universalmente distintos de vivir la fe en Jesús. Como Pedro y Pablo, que a pesar de coincidir en aspectos básicos de la fe, como el servicio a los desamparados y la salvación sólo en Jesús, ambos tenían modos de proceder, de ser y de expresar su fe distintos. Podemos hallar, además, que cada evangelio muestra una visión muy particular –aunque congruente entre sí– de la vida y misión de Jesús. Cada uno acentúa aspectos diferentes de su persona y obra. No es lo mismo narrar a Jesús al estilo de Juan que al estilo de Marcos.

En el caso de las vocaciones consagradas al servicio tampoco es lo mismo seguir a Jesús de un modo que de otro. Un jesuita

comentó en una ocasión que el seguimiento a Jesús era algo que desde joven estaba determinado a hacer independientemente de dónde y con quién lo hiciera. Pero para él no era lo mismo seguirlo en un lado que en otro, pues se sentía atraído por los jesuitas, lo que hacían y el modo como lo hacían, y no por otro modo. Así, decidió seguir a Jesús en este cuerpo apostólico.

La vocación particular, aunque es fruto del seguimiento a Jesús, se debe a las inquietudes personales que le dan a cada seguimiento un rumbo individual. Además, al entrar a un grupo religioso uno está entrando a un cuerpo vivo, no meramente a una institución. Aunque pocos se fijan en ello, esta distinción da origen a muchas diferencias en el modo de asumir la vocación particular y, por lo mismo, de construir la vocación. No es lo mismo enfrentar los problemas de la vida si me siento dentro de una institución como las hay muchas, con sus variantes, que si me siento dentro de una familia, mi familia religiosa que he escogido y me ha escogido.

Es importante, pues, diferenciar y conocer algunas opciones antes de tomar la decisión final, a menos de que nos quede muy claro de que no necesitamos hacerlo. Muchos chavos entran a distintas órdenes religiosas simplemente porque se sentían inquietos por Jesús o porque querían ser sacerdotes. Tiempo después se dan cuenta de que no es lo mismo ser sacerdote diocesano que sacerdote religioso, o ser sacerdote o hermano, o serlo en una congregación que en otra. Se dejaron mover sólo por el deseo abstracto de seguir a Jesús y consagrarse, y olvidan buscar el lugar donde podrían servirlo mejor desde lo que eran como individuos.

¿Qué haría Jesús en mi lugar?

Al hablar de libertad decíamos que lo importante era ser libres para, y que ese para estaba referido siempre a Jesús y al Reino del Padre. Esto merece abordarse más ampliamente para entender mejor lo que significa el proceso espiritual mediante el cual llegamos a esa libertad y la superamos, además de lo que significa tener a Jesús y al Reino como referencia central.

San Ignacio propone en su itinerario espiritual una primera etapa centrada en el discernimiento de las consolaciones y desolaciones, donde toma una parte fundamental la sensación que pueda tener el sujeto. Después sigue una segunda etapa donde la persona trata de fijar sus criterios de acuerdo a los criterios de

la persona amada, y se pregunta: ¿qué haría Jesús en mi lugar? El único criterio sensible que verifica la respuesta correcta es una suave paz interior que anima a la persona y la fortalece en medio de las consecuencias de sus decisiones.

La primera etapa está marcada por el reconocimiento del gran amor de Dios, que es mayor que cualquier realidad humana. Toda opción de vida es relativa al único absoluto y no debe poner en ninguna cosa creada su "nido". Esta indiferencia ignaciana le otorga al peregrino espiritual la profunda libertad de los hijos de Dios de la que habla San Pablo. Las opciones vocacionales, desde esta óptica, son relativas al único absoluto que es Dios y no son más o menos valiosas por sí mismas, sino tanto cuanto nos ayudan al fin para el que somos creados. El buscador vocacional llega entonces a la tan necesaria etapa de sentirse igualmente capaz de ser feliz y de ser llamado a una vocación o a otra, a optar por un camino vocacional o a dejarlo con paz.

En esta primera etapa espiritual se hace finalmente un llamado a reconocer que en nuestra vida ha habido un sistemático dinamismo de apego hacia realidades que nos quitan la libertad para reconocernos incondicionalmente amados por Dios. La frustración del amor en nuestra vida se hace especialmente palpable en esta etapa del camino espiritual y quien lo vive experimenta un profundo dolor por no haberse abierto plenamente a tanto amor ofrecido y por haber privado de Él a sus seres más queridos. Reconoce que, incluso cuando aparentaba actuar correctamente, sus actos escondían apegos a sí mismo y a otras realidades que no terminan de dar el bienestar prometido. Alegrías efímeras sustituyeron la verdadera felicidad regalada por el amor de Dios.

La respuesta de Dios cuando la persona reconoce esta frustración del amor ofrecido es la renovación de la promesa de amado. Ante la necesidad humana por no aceptar el regalo, Dios muestra su amante obstinación. Dios aparece como un padre bondadoso empeñado en dar vida a sus hijos e hijas; el corazón "torcido" de sus hijos no es impedimento para su amor, al contrario, es un acicate que despierta su deseo de darnos aquello que nuestro corazón anhela.

Quien ha vivido esta experiencia de belleza profunda e inagotable del amor, reacciona ofreciéndose de manera espontánea a la gratitud que lo embelesa. Se entrega de manera gratuita y se dispone,

como cántaro seco, a ser llenado de nuevo por mejores contenidos. Es aquí donde Ignacio como cristiano nos invita a ser llenados por el mejor de los contenidos que puede ofrecer: los sentimientos de Jesús, el Cristo; y nos invita a estar horas y horas con él para conocerlo internamente y actuar según sus criterios y a amar a su manera. La segunda y definitiva etapa de los ejercicios está pensada para formar seguidores de Jesús.

Estos seguidores de Jesús no desean sólo estar indiferentes y ser libres de ataduras, prejuicios, vanidades y poder. Con una frase de Ignacio, el seguidor de Jesús “desea desear” según los criterios de Cristo, ya no según los propios criterios y es por eso que el discernimiento basado en consolaciones y desolaciones que usó en la primera etapa de crecimiento espiritual ya no le es suficiente. Ahora ya no se trata de buscar felicidades duraderas, sino de actuar como actuaría Jesús.

El seguidor por amor se pregunta qué criterios usó Jesús para elegir un modo de proceder. Ignacio pone sus ojos y su corazón en la decisión de Jesús de hacerse libre para solidarizarse con los más necesitados y desde ahí anunciar el Reinado de Dios para todos; ricos y pobres abiertos y deseosos de actuar con los criterios del mismo Jesús: solidaridad, perdón, ternura, indignación por las injusticias y oposición a los poderes que matan a los hijos e hijas de Dios. Por eso, salvar a las almas suponía para Ignacio no sólo el perdón de sus pecados, sino mejorar las condiciones de vida de sus hermanos y llevarlos por caminos de generosidad y solidaridad en todos los ámbitos de la vida: lo económico, laboral, cultural, académico, político, legal y judicial; desde lo individual y lo familiar hasta lo comunitario en gran escala, consolando y reconciliando las relaciones rotas por actuar. La vida de muchos jesuitas como Eusebio Kino en el siglo 17, o san Alberto Hurtado en el siglo XX, y muchos otros que siguen a Jesús al estilo de Ignacio, son ejemplo de lo que significa seguirlo según dichos criterios.

La sensibilidad del mundo reacciona con violencia ante la invitación ignaciana: dejar de buscar alegrías por sí mismas (incluso las duraderas) para buscar la voluntad de Dios y actuar según los criterios de Jesús. El miedo a perder la alegría se impone y seguir a Jesús conlleva un riesgo demasiado alto para el narcisismo imperante. El mundo no tiene tiempo para esperar la alegría que viene cuando se abandona el deseo de tenerla y se comienza a

desear como Jesús. Tampoco tiene el valor suficiente para perder la vida como único modo de ganarla. Estamos tan centrados en nosotros mismos que cualquier intento de centrarnos definitivamente en Jesús suena al menos como enfermedad psicológica... Es entonces cuando el amor cristiano se sustituye por el amor en abstracto, amor universal que no compromete ni limita la propia libertad. Desgraciadamente, este amor, vivido en las nubes o en el mejor de los casos reducido sólo a los actos individuales (sobre todo en moral sexual, pero también en lo referente sólo a las relaciones en mi círculo más cercano), tampoco encausa ni fecunda la libertad que sigue gimiendo por dar frutos más generosos.

Quien desea seguir a Jesús, debe estar consciente de que la libertad es sólo el primero de los pasos, y que el amor apasionado a Él y a sus criterios es el último y esencial de ellos. Antes que la libertad, el amor, y antes que cualquier amor, el amor por Jesús y su camino. En otras palabras, para san Ignacio la libertad es para la misión y no una búsqueda de autorrealización en sí misma.

Los hijos e hijas de Ignacio de Loyola, fascinados por el regalo de ver a Dios amando en todo y sentirse libres de ataduras deberán preguntarse si desean seguir más adelante por este camino. Habrá que estar dispuestos a soltar la libertad que tanto gozo causa y a arriesgarse a vivir ya no por ella, sino por amor a quien se las ha regalado.